

Arte y literatura

Evocación de los Tercios viejos

(Flandes 1579)

Atrás se ha quedado Maestrique, rendida. Por la parte del río parece que hubo chamusquina. Algún judío de los que, por conservar, conservan hasta la roña, no se le debió alcanzar, que no puede andar sobrado de escrúpulos quien en las idas y venidas de la guerra guarda dar el día menos pensado con su alma en el infierno; (sino le ocurría lo que a la Garibay: que ni la quiso Dios ni el diablo). El sol tibio del amanecer tiembla en los petos, en las espadas, en las picas y en las moharras de las banderas blancas con las astas de Borgoña. Los hombres del Tercio, morenos de todos los soles, curtidos por todos los aires y por todas las glorias, van de buen talante. Hoy no andarían emberrinchinados por no tener blanca o porque sus ropas, traídas flamantes de Italia, estaban cuando mejor, zurcidas, sin color, y como sujetas por alfileres. No tendrían que meterse en Belenes de hacer el aporche contra alguna puerta — el pan nuestro de cada día—o andar metidos en alguna ensalada de tiros, de la que sabe Dios — o el diablo — como saldrían. Ni siquiera tendrían que entretenerse en jugar una partida al «ya te pagaré cuando cobre los atrasos» con algún alemánote de aquellos que los maravedíes se les volvían escudos de puro ahorradores. Hoy habría paz y dinero. Y si no, que se lo pregunten a los comerciantes, que en estos dibujos de los sacos son los que pagan los vidrios rotos. Habría dinero, que allana todo lo que ven los ojos y tientan las manos, y habría además, paz para gastarlo como mejor le pluguiera a uno.

Van las compañías a discreción por la mañana en flor. Uno cuenta de unos amores—llegar y catar—que acaso tuvo en una aldea «que ni siquiera sabe como se llama»; sólo recuerda que fué antes de aquella cuchillada que se le llevó la oreja. Otros se mueren de nostalgia mirando, corazón adentro, lo que se dejó en España. Este alegre como una sonaja de pandereta, tatarea a media voz una tonadilla picaresca; es el pistolete andaluz, medio moro, borrachín y embustero con gracia, que en lo más recio del combate se arenga siempre a sí mismo con la coletilla de aquella canción que no concluye nunca:

«Paisanito Machuca,
dale que dale...»

Aquel sueña con volver a Italia, vestido de punta en blanco—y él sabrá el porqué—: sus buenas calzas acuchilladas, de negro y rojo; la esclavina corta, forrada de lanilla encarnada; las botas con espuelas de plata, como las llevan los alféreces, y un chapepete empavonado. Y al frente de todos ellos, como ellos, sobre un caballo lunero jugueteón con silla corcera, Don Pedro Paz — el bendito Don Pedro Paz —, el Capitán más espléndido y más santo que tuvo en sus ejércitos nuestro señor el Rey Don Felipe Segundo.

Van las compañías a discreción por la mañana en flor. Los valones, todos jupas y flequillos, más galanes que Mingo, y una corneta de «reitres» grandotes como castillos, tienen que ir siguiéndoles más atrás, porque con un quítame allá esas pajas, andan siempre a la greña con los españoles «que les furtan las mujeres». Algo tiene el agua cuando la bendicen.

En la misma entrada del pueblo próximo ya les aguardaban el burgomaestre, los eschevinos, tesoreros, recibidores y demás chupatintas mangoneros. Pasarían de largo.

Ellos no las tenían todas consigo; pero las mujeres les ofrecían flores y jarros de cerveza. Los chavales les contemplaban cruzar, silenciosos y admirados, con sus banderas, sus picas, sus tambores... Un alférez, jovenzuelo él y de buen ver, con su cruz borgoñona sobre el pecho, le dijo acaso una lisonja a una mocita, toda sonrisas y remilgos, que no le debió parecer el león tan fiero como se lo pintaban, y si le pereció, no se dió por enterada. Y, como dice el refrán:

La llaman la Dolorosa...

¡Ay, que se va, que se fué ..

El niño se fué a los prados
donde las estrellas pacen
millones de lirios altos.

Toda la gente corría
como loca, con espanto.
Un miedo de azul, de sangre,
se retorció en las manos.

Ella cantaba en su alcoba,
temblor de frío en sus labios:

—¡Ay, que se va, que se fué,
mi niño, lucero blanco!
Yo tenía a mi niño
y se me fué de mi lado.
¡Ay, que se va, que se fué..

(La pobre se enjuga el llanto)

La llaman la Dolorosa,
la Dolorosa del barrio,
desde aquella tarde en que
su niño se fué a los prados.

(¡Ay, que se va, que se fué,
mi niño, lucero blanco!)

JUAN CERVELLON

«cuando el prior juega a los naipes, ¿que harán los demás frailes?», incontinenti, se alborotó el cotarro de las compañías.

¡Buena la iban a correr donde pernoctaran! Había dineros frescos y muchas ganas de escaparse por los caminitos que más les tirara el corazón; que al decir verdad, sólo eran dos: el de las buenas mozas y el del buen vino. Tiempo habría para que, aderezando un contradique, le partieran a uno las costillas de un tiro de arcabuz, o algún cañonazo se les llevara la cabeza, estando entre dos cestones, plantando la artillería. Peor fuera volver tullido a las plazas llenas de sol de la Corte e ir a dar con los huesos, hartos de brega y de gloria, en algún asilo del señor Cristóbal. Malos ratos—demasiados—habrían de venir en que irían parejos en abandono el estómago y el bolsillo.

—¡Yo he de buscarme una flamenquilla—decía un atambor chitillo y pelirrojo, granuja como él solo—rolliza y encendida,—que no sea como aquella otra hideperra que, por no alcanzársele unos juegos que la quise enseñar, me bien descalabró.

Se ríen los demás.

El Tercio sigue carretera adelante. Brillan los petos, las espadas, las picas y las moharras de las banderas blancas con las aspas de Bogaña. Al frente, sobre un caballo lunero, con su alabarda de Capitán, el buenazo Don Pedro Paz. El sol sube. Se abre la mañana al paso de las armas de España.

MANUEL VELA JIMENEZ